

El Eco de Cartagena.

Año XXV.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7062

Precios de suscripción.

CARTAGENA, un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 7'50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11'25 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.
Corresponsal en París para anuncios y reclamos, Mr. A. Lorette, 51 bis rue Sainte-Anne

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

SABADO 23 DE MAYO 1885.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

ECOS DE MADRID.

22 de Mayo de 1885.

Poco á poco va perdiendo Madrid el pintoresco aspecto que ha tenido estos días.

Los forasteros, que han sido muchos este año, tornan á sus hogares jurando no volver como no los envíen sus paisanos á representarlos en Cortes.

Las ilusiones que trajeron se evaporaron con sus ahorros.

Las fiestas del patrón les han parecido poca cosa.

El espectáculo ni es edificante, ni siquiera curioso. Hombres y mujeres que bailan, comen y beben y acaban por perder el equilibrio, riñas por cualquier cosa, feria de objetos y de comestibles averiados y paren ustedes de contar.

Para eso no vale la pena hacer el viaje.

Esperanzas de mejorar de suerte con la protección de los paisanos que están en candelero. Ayl estos por reglancear son desagradecidos y lo más que dan á los que quieren aconsejar su favor es el consejo de que se vuelvan al pueblo.

Lo único que sacan en limpio los forasteros de su estancia en la Corte es la admiración del lujo y las comodidades que al parecer disfrutamos.

—Que casas tan magníficas ¡exclaman.

—Cuanto coche lujoso! y que caballos!

—Que tiendas tan tentadoras!

—Y que calles tan limpias y tan regadas!

—Que alumbrado... da gusto! Pues y la luz eléctrica. En donde alumbra, nunca se acaba el día!

En efecto, para los que vienen de provincias de tercer orden ó de humildes aldeas, el espectáculo que ofrece Madrid es deslumbrador. Pero es el brillo del incendio lejano, el fuego que consume. El fondo de esa superficie es horrible!

Entre los infinitos episodios que van formando la misteriosa leyenda del corazón podrido que cubre el esplendor de la gran ciudad, citaré uno reciente.

No es solo en la clase pobre, cuya falta de educación deja en libertad los instintos donde encontramos esos sucesos que acusan la perversidad de la desesperación en la terrible lucha de quiero y no puedo que aquí sostienen todos más ó menos.

En una farmacia desempeñaban las antiguas funciones de mancebos, llamados hoy ayudantes, dos jóvenes de buena familia.

Era uno de los dos, sobrino del dueño del establecimiento, el otro un

estudiante compañero y al parecer amigo del anterior.

Hace pocos días, fué á San Isidro el principal con su familia y dejó á los dos jóvenes al cuidado de la tienda.

Ocupábase el sobrino en los quehaceres de su profesión cuando de pronto sintió un terrible golpe en la cabeza y cayó desvanecido. El autor de aquel violento é inesperado ataque fué su compañero. Existía amistad entre ellos? No por cierto.

El móvil del atentado tenía por fin el robo.

Al ver en tierra á su camarada, el agresor abrió los cajones, se apoderó del dinero que en ellos había y huyó.

¿Como se explica este doble crimen en un joven de buena familia, de educación y de carrera?

Solo por esa sed de goces que se apodera de los que ven á todas horas el lujo fascinador de Madrid.

Otro joven, también nacido en el seno de una excelente y honrada familia, por necesidad de circunstancias obligado á servir de escribiente á un caballero que lleno de atenciones desde el primer momento le dispensó la más afectuosa protección. A los pocos días desaparecieron á un tiempo el joven y unos cuantos cubiertos de plata.

No hablemos del capítulo de las domésticas.

Los hurtos que cometen se cuentan al por mayor. Sin ir más lejos, estos días se han escapado de las casas donde servían dos criadas, llevándose la una once mil reales y la otra ocho mil. Cuando parecen, que alguna vez sucede, la justicia solo se apodera del cuerpo deliniente, el cuerpo del delito se evapora. Y todo por la misma causa, la sed del goce, sin el sacrificio del trabajo para alcanzarlo y merecerlo.

Al lado de estos ladrones deméuticos, de estos miserables espoliadores que aprovechan para funcionar circunstancias que casi siempre les dan la impunidad, los tomadores y timadores de oficio, no ménos justificable, son sin embargo ménos malos.

Y ahora su ocupación tiene más riesgos. Desde hace tiempo apenas es cogido uno de estos industriales es colocado ante el objetivo y su retrato forma parte de la curiosa colección que se conserva en el Gobierno de la provincia.

Uno de los forasteros fué timado por dos prójimos, al persuadirse del engaño dió parte á la autoridad.

—Conocería V. si los viera á los que le han estafado? le preguntó el jefe de orden público.

—Si señor, ya lo creo.

—Pues ahí tiene V. esa colección de retratos... vea V. si están entre ellos el que le han timado.

El hombre examinó aquellas caras y dijo de pronto.

Este, y este, señalando dos retratos.

Se vió el registro y resultaron ser el Pollo y Malagueta.

De aquí la necesidad en que se han visto los aficionados á lo ageno de recurrir al arte escénico para entregarse á sus habituales tareas.

Como el actor que dá á su rostro todos los aspectos que necesita para interpretar las obras en que toma parte, los timadores han tenido que buscar en el traje y en los accesorios de la fisonomía el medio de desorientar á la autoridad.

La otra noche iba por la plaza del Progreso un hombre al parecer de edad, con un pañuelo negro en la cara como si padeciese una flusión y por añadidura cojeaba bastante sirviéndose de un fuerte bastón para andar.

Se le cayó una cartera y un forastero que iba detrás de él á corta distancia se la cogió.

—Caballero... el caballero, le dijo... se le ha caído á V. la cartera.

—Oh! muchas gracias, exclamó... bien se conoce que no es V. de Madrid.

—No señor, soy forastero.

—No necesita V. asegurarlo... los de aquí son todos unos tunos de marca mayor y sabe V. lo que habrían hecho al ver la cartera en el suelo?

—Que habrían hecho?

—Guardársela.

—Que picardía.

—Un robo lo que se llama un robo! Y digo, con el dinero que llevo en ella!

—Pues me alegro infinito haberle sido útil!

—Si señor y le quedo agradecido... hágame V. el favor de venir á tomar un café conmigo.

—De ningún modo.

—Si.

En esto se acercó, como siempre sucede, porque los timadores no suelen variar de procedimiento, se fingió italiano, y amigo del cojo le confió que no quería entrar en una casa con dinero.

—Suele haber mala gente, dijo, y yo llevo billetes de mil pesetas. Tiene V. algo en plata?

—Hombre no, contestó su camarada. Yo tengo billetes y por cierto que sin la honradez de este señor me habrían quedado sin ellos.—Pero quizás lleve el amigo.

—Si, dijo el forastero... hacen al caso unos diez y ocho duros?

—No necesito más que diez y siete. Déme os V. y guarde en cambio mi cartera.

De ningún modo, dijo el cojo; yo le conozco á V. y además aquí está la mía. Vaya V. sin cuidado y si no tarda mucho le esperaremos en un rincón de la plaza.

Se fué, el forastero y su amigo continuaron hablando, se sentaron y después de un rato anunció el cojo una de esas necesidades que piden los chicos en las escuelas elevando la mano.

—Guarde V. mi cartera mientras tanto.

—Hombre no.

—Si señor, V. no me conoce, es V. muy confiado y quiero pagarle su buena obra enseñándole á vivir en Madrid.

Se fué y todavía no ha vuelto.

La víctima fué al Gobierno Civil.

—Conociera V. á los estafadores si los viera retratados? le preguntaron.

—Si señor, uno era un italiano rubio y el otro un cojo.

—Un rubio y un cojo... esos deben ser nuevos!

De donde ha resultado que solo el forastero ha sabido del pig de que...

En la próxima semana se celebrará en Aranjuez una gira gastronómico literaria en honor de la insigne novelista Emilia Pardo Bazan.

Los admiradores se proponen dejar en su alma inolvidables recuerdos de su admiración.

Para concluir.

Se hablaba de una joven sumamente delgada que á juzgar por la opinión de sus amigas desea á toda costa encontrar un marido.

—Es un bastón que anda buscando un ciego! dijo una de sus más íntimas.

Julio Nombela.

LA ENFERMEDAD DE VICTOR HUGO.

—()

LA AGONIA.

Tomamos del «Imparcial» las siguientes noticias que le comunicó su corresponsal especial de París.

La tarde del 21 circuló en la Cámara la noticia de que había muerto Victor Hugo. Este rumor produjo extraordinaria sensación. Grupos de diputados fueron á la avenida de Eyllan para cerciorarse de la triste noticia.

Por fortuna no era exacta.

Los médicos que asisten al ilustre poeta, MM. Alix, Vulpian y See, han formado fatal pronóstico. Victor Hugo agoniza, sin que quede motivo de esperanza. Su vida penista con energía la enfermedad. El moribundo perdió últimamente el sentido. El delirio se inició después.

La enfermedad de Victor Hugo es hoy la primera preocupación de to-